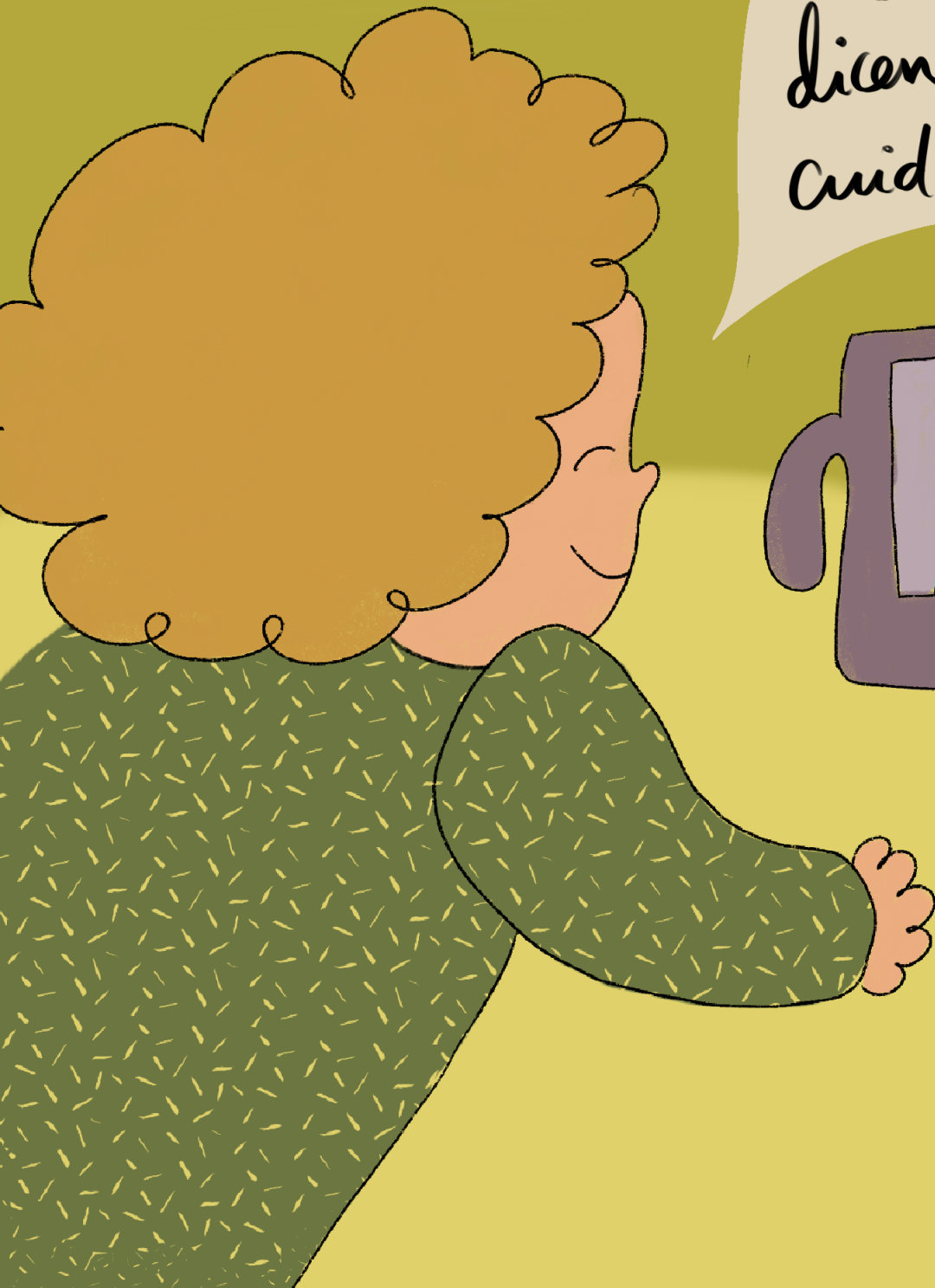


Abuelo



SIN CAPA Y CON MASCARILLA

Abuelito,
dicen que así te
cuido. ❤️



ESCRITO POR

Peña
Monje

Capítulo 1

Días nuevos

El 15 de marzo, Julián supo que le quedaban por delante días de aislamiento, clausura y añoranza. Cuando el presidente del país proclamó el estado de alarma, Julián comprendió que comenzaban días difíciles, en los cuales, la coherencia y la entereza cobrarían una importancia significativa en su cerebro. Comenzaba un confinamiento sin precedentes, sabíamos el día y la hora exacta de su comienzo, pero a día de hoy no sabemos cuándo le daremos carpetazo. Julián se sentó en la silla que tenía al lado de la ventana y, miró a aquellos chicos en el descampado. —Ellos aún no se han enterado de nada —supuso el viejo. Los chicos reían y se abrazaban alrededor de una pelota de playa, celebrando la vida, disfrutando los besos.

Julián suspiró, tomando consciencia de todo lo que se le venía encima. Días solitarios e inciertos acechaban las paredes de aquella casa. Días en los que le faltarían manos, favores y compañía. Julián se sentó, abrió su agenda y empezó a tachar todos los planes semanales que le acompañaban desde hacía más de cinco años, después de que el cáncer le ganara la batalla a la compañera de su vida. Ahora piensa mucho en ella. Más de lo normal. —Ojalá estuvieras aquí para llenar los silencios, Lolita— dice en alto, con esperanzas de que su voz retumbe y llegue hacia sus oídos quiméricos. Julián cogió un lápiz y comenzó a tachar líneas ya escritas. Se le acaba el voluntariado que hace los martes y los jueves con migrantes, ayudándoles a tramitar sus documentos, ya que él sabía algo de leyes. Había trabajado durante más de 30 años como abogado, llevando casos de explotación laboral con personas en una situación vulnerable.

Julián supo que también se le acababan las clases de baile, aquellas lecciones que empezó hace más de diez años con su mujer. Esta, antes de marcharse, le dijo que no se le ocurriera parar, que quizás conocería a alguien que le siguiera sus pasos y sino, ella le esperaría allá arriba para seguir bailando juntos.

Julián, apenado, cogió su móvil. En la pantalla, él y su nieto sonreían a la cámara. Julián inevitablemente pensó en Óscar, su pequeño diablillo. Sabía que el regalo diario de llevar y recoger a su nieto del colegio se evaporaba y que, las meriendas-cenas que a veces hacían juntos cuando su madre trabajaba, tendrían que esperar.

Capítulo 2

El dibujo

Los juguetes adornaban el ancho del salón. Las piezas de lego, construían una estructura de apariencia indestructible. Entre todas, formaban un arcoíris de mil sabores y olores. Los dibujos matutinos se habían convertido en la decoración de las paredes del pasillo, dejando atrás a los marcos (sin firma ni huella), comprados en algún mercado callejero. En medio de la sala estaba el pequeño Óscar. Aún no se había acostumbrado a no ir a clases todos los días. Ahora, los berrinches diarios por madrugar se han convertido en una serie de preguntas infinitas y, después de ser respondidas, en una desilusión sin igual.

—¿Por qué ya no vamos a ver al abuelito? — pregunta el pequeño con una frágil tristeza.

—¿Está enfadado con nosotros?

—No cariño —le responde su madre aguantando una pequeña sonrisa—. Ahora tenemos que cuidarle desde lejos. Tiene más probabilidades de coger el bichito, y por eso no le podemos ver, para no ponerle en peligro.

—Pero... ¿he hecho algo malo y por eso no vamos? —Continúa sin estar convencido.

Su mamá se muerde el labio. No aguanta las ganas de comérselo a besos. Se acerca a su hijo y lo abraza. —No mi vida, tú no has hecho nada malo —le dice cariñosa. —Ahora tenemos una misión y la tenemos que hacer juntos, ¿vale? El mayor reto que jamás te han propuesto y con una condición: tiene que ser a distancia y sin tocarse.

El niño, hábil en eso de marcar las teclas del móvil, busca en contactos: “Papá”. “Conectando”, apunta la aplicación.

Al otro lado, aparece Julián con una gran sonrisa.

—¡Hola pequeño! ¿Cómo está mi nieto favorito?

—Abuelito mira, te he hecho un dibujo —le dice mientras le enseña una cartulina coloreada.

—¡Es precioso!— dice Julián emocionado —. Dile a tu madre que me lo traiga hoy para así ponerlo en mi mesita de noche y todos los días verlo antes de dormir.

—¿Sabes que mamá y yo hemos comenzado una misión? Tenemos que cuidarte desde lejos. Yo cada día estaré aquí, seré el mejor superhéroe dentro de esta pantalla. Cada día prometo hacerte un dibujo y cuando nos podamos ver los veremos todos juntos.

—¡Qué buena idea! Dibuja, dibuja mucho. Y escribe también. ¿Te acuerdas lo que te decía abuela? Sólo escribiendo...

—¡Podemos entendernos!— Termina, con un hilo musical, el pequeño.

Capítulo 3

Nos cuidamos

Suena el timbre.

—Papá, papá, ¿me escuchas? —Dijo Daniela asustada.

— Sí, hija, aquí estoy —le respondió su padre.

—Te dejo aquí la compra. Te he cogido también esas galletas que tanto te gustan, pero cómetelas poco a poco —ríe entre dientes.

— Vale mi niña, muchas gracias por cuidarme — Julián se apoya en la puerta, cabizbajo, esperando una respuesta de su hija.

— Tú siempre me has cuidado a mí, ¿no? Ah, también te dejo una carta que te ha escrito Óscar, no me ha dejado leerla, así que no sé lo que pondrá. Dice que es algo entre tú y él. Te quiero, papá. Cuídate.

Y los besos, esta vez, se dieron tras la puerta de roble. Los abrazos se lanzaron al viento, en los silencios de sus frases. Las voces de ambos expulsaron suspiros llenos de amor y añoranza.

Óscar cogió las bolsas que su hija le había dado. Limpió todo con aquel mejunje de lejía para alimentos y agua que había leído en internet, se preparó un café y se fue directo, con la carta en la mano, a la silla dónde en ocasiones, le había leído cuentos a su nieto. Ahora se apoderó de sus gafas de cerca, abrió la carta envuelta en papel de aluminio y comenzó a leer.

Capítulo 4

La carta

Hola, abuelito:

Te voy a decir la verdad. Me daba miedo escribir porque a veces no entiendo nada de lo que pasa. Me da miedo que llegue la noche y que los días pasen sin darme cuenta. A veces, pienso que nunca volveremos a la normalidad. Tengo muchas ganas de abrazarte y de enseñarte todos los dibujos que estoy haciendo.

¿Sabes? El otro día mi amiga Raquel me dijo que su abuelo había cogido ese bicho del que todo el mundo habla. El abuelo de Raquel se puso muy malito y ayer, mi amiga me contó que se había ido al cielo. Ella estaba muy triste, porque ya, cuando todo esto acabe, no podrá abrazarlo.

Yo tengo la suerte de tenerte, aunque sea por una pantalla. He pensado en todas las veces que has venido a buscarme al cole, o la de veces que me has llevado al parque para que hiciera amigos, o cuando te has quedado conmigo para que no estuviera solo mientras mamá trabajaba. Siempre he pensado que eras un superhéroe, porque nunca te he visto malito, nunca te has quejado y siempre has estado cerca para cuidar de nosotros.

Ahora, cuando mamá y yo vemos las noticias, hablan de vosotros, de los abuelos y las abuelas de nuestro país. Dicen que sois los que más riesgo tenéis a contraer esta enfermedad y que somos nosotros, los más pequeños, los que os tenemos que cuidar.

Ahora tengo la misión más importante del mundo y es volverte a abrazar cuando todo esto acabe. Mamá dice que así te cuidamos y yo no le pienso desobedecer.

Hasta mañana, abuelito.



Para todos los abuelos y las abuelas que nos cuidaron siempre y sin excusas.

Gracias.

Peña Monje